



DE NUESTROS COLABORADORES

# La corriente del porvenir

Estamos asistiendo a una trágica lucha entre el pasado y el porvenir de España. El pasado tiene un programa: el porvenir no puede tenerlo. El pasado es finito y es cerrado; el porvenir es infinito—o sea indefinido—y es abierto. Se puede historiar lo pasado; no se puede historiar lo venidero. «Todo programa de una sociedad futura es reaccionario», decía, y con razón, Carlos Marx. ¿Quién sabe la necesidad que nos traerá el mañana? Conducense, pues, como desesperados e incrédulos de la vida los que se preguntan: «Bueno, y con todas estas huelgas y agitaciones, con estos motines, ¿qué se proponen en definitiva los descontentos? ¿Hasta dónde van a llegar? ¿Cuál es el término de sus aspiraciones? ¿Con qué régimen quieren sustituir a éste?» Creen que la Historia es como una función de circo que se desenvuelve conforme a un plan preestablecido, a un programa, con su *primera parte*, su *descanso de diez minutos*, su *segunda parte* y hasta sus *notas*. Así son las revoluciones de cartel, con sus conspiradores, su conjuración previa, su santo y seña, y aquello de: «A las seis es el movimiento.» No, ahora como va de verdad, va sin programa.

Todos los chispazos revolucionarios, todos los estallidos que aquí y allí se producen, todo este resquebrajarse por un lado y otro el témpano de esta España oficial, habsburgiana y caciquista y despótica y conservadora, este resquebrajarse al calor de la cálida corriente interior del porvenir, todo esto ocurre sin aparente concierto, sin plan trazado por conspiradores de programa, sin que obedezca a unidad de mando. Hace la guerra—pues que guerra es,—el Ejército mismo, la hueste de los vejados y oprimidos, y la hace sin general en jefe, sin Estado Mayor. Es una guerra de guerrillas, como la que nuestro pueblo español, no el Ejército, hizo contra las huestes de Napoleón, luego que el abyecto Fernando VII, el Bisabuelo, hubo corrido a entregarse a merced del Tirano, él, el futuro tirano, egoísta y maligno. Y esto es lo terrible de la revolución a que estamos asistiendo, que como es de verdad y no de teatro, no la dirige nadie y no tiene programa y nadie sabe a dónde irá a parar. Así es y así debe ser. ¡Ay del que trate de encauzarla! ¡Ay del que quiera canalizar el torrente desbordado del porvenir!

Las injusticias acumuladas de años, de siglos, claman al cielo. Toda la ignominia moral que desde la Restauración, y sobre todo desde la Regencia, desde aquel régimen infecto de la Regencia que culminó en 1898, ha venido acumulándose, pide castigo. Y ese ré-

gimen ha sido el régimen de la mentira; de la mentira más que de la violencia. Y la mentira exaspera más que la violencia a los pueblos. Todos los Gobiernos de la Corona de España, desde hace más de cuarenta años, no han hecho más que mentir. Para llegar a canciller de su majestad, la primera condición que se ha exigido es ser falaz, ser embustero. En el verano de 1917, el repulsivo canciller que dirigió la represión de la huelga lo hizo sobre todo con mentiras. Y el canciller actual, ni por casualidad, acierta a decir una verdad. Y así, lo mismo les da prometer una cosa que otra. Por lo cual no cree ya el pueblo en sus promesas. ¿No le dijo acaso el soberano a un político de la izquierda, cuando fue llamado a consulta y habló de su programa: «¡Bueno! Lo conozco; pero eso será el programa para el público, no para gobernar»? Acordémonos de la doblez de Fernando VII, que se proponía... *moler*—otro es el verbo según la leyenda—a blancos y a negros.

La España del pasado, la que se deshace y se funde—como un gran témpano, como un iceberg, cuando la cálida corriente del Golfo la coge por debajo,—tiene su programa. Tiene programa el que pierde, no el que gana. Y su programa es resistir. Con la fuerza donde ésta cabe, y donde no cabe con el engaño.

Para resistir necesita crearse un crédito moral en el extranjero, y como sabe que el bolcheviquismo es, en las Potencias que andan con eso de la Liga de las Naciones, el coco, elama que son bolcheviques los que aquí se agitan, y se sublevan, y piden justicia, y pan, y libertad, y luz. Y a la vez quieren hacer creer que la Monarquía española, esta despótica Monarquía habsburgiana, estuvo de parte de la *Entente* durante la guerra. Y esta es una gran mentira más. Una desvergonzadísima mentira aquello que en un reciente relato de una entrevista se dijo en un diario francés; una desvergonzadísima mentira lo de que las altas instituciones del Estado no hicieron sino seguir el sentimiento popular o no contrariarlo. Aquí en España, todos sabemos a qué atenernos; aquí sabemos todos lo que ocurrió en el cazadero de Láchar, y se hizo público, y sabemos otras cosas que se irán sabiendo. Fuera, en Francia, por ejemplo... En Francia, en París, la Embajada de la Corona española—que no de España—ejercía, con anuencia del Gobierno de allí, la previa censura en las informaciones respecto a España. Y además esparcía las mentiras que a este régimen de mentiras le convienen. Como si las mentiras sirviesen más que para prolongar una agonía.

Dicen que Clemenceau le dijo a nuestro... — ¡nuestro, no! — Romanones que no se podría borrar el pasado, porque es la raíz del porvenir. Pero del porvenir de España no puede ser raíz ese ignominioso pasado, ese pasado de

Hoblez, de embuste, de abyección a que Clemenceau se refería. Todo el problema vital de España se cifra hoy en desarraigar ese pasado, quemarlo y aventar sus cenizas. Porque ni para abono sirven. Ese pasado de testarudez despótica, de despotismo testarudo, que jamás, jamás, jamás confiesa sus culpas que se arroga clarividen-

cia y hasta infalibilidad, que tiene por orden la injusticia y que sacrifica el fin de autoridad al principio de ella.

Y lo más terrible es que se pueda decir: «el pasado tiene...», tiene en presente! Hay que acabar con la mentira.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar a Precedencia.)



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USALES